

## Memoria e historia

**Libros** Por Ricardo García Cárcel.

La Comunidad Autónoma de Madrid, a través de la Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad, dirigida por Fernando García de Cortázar, viene impulsando, con motivo del bicentenario de la Guerra de Independencia, un conjunto de iniciativas destinadas a evocar la memoria de aquellos hechos. En el ámbito editorial, el punto de partida fue el libro 1808. El Dos de Mayo. Tres miradas, que recogía tres visiones sobre los sucesos de aquella fecha: la de un testigo directo, José María Blanco White, la de un liberal como Pérez Galdós que abrió en 1873 sus Episodios Nacionales con El 19 de marzo y el 2 de mayo, y la del novelista cubano Alejo Carpentier que en 1956-58 escribió El siglo de las luces. Ahora, la referida Fundación, en colaboración con Espasa, edita otro libro de memorias de la guerra, con varias novedades respecto al anterior.

**Testimonios.** En este volumen no se focaliza la atención en un acontecimiento concreto, como el dos de mayo, sino que los testimonios-relato aportados inciden en períodos más amplios (el más limitado en el tiempo el de Jovellanos, sobre la creación de la Junta Central en septiembre de 1808; el de Capmany abarca desde 1795 a septiembre de 1808; el de Alcalá Galiano cubre la etapa 1796-1823 en el escenario gaditano; el de Mesonero Romanos transcurre del Motín de Aranjuez en marzo de 1808 a 1823, y el de Larra es un artículo dedicado a analizar el presunto perfil del supuesto Godoy). Por otra parte, se trata de relatos que se refieren a experiencias vividas, salvo el de Larra. Los más cercanos en el tiempo son los testimonios de Jovellanos y Capmany. El primero escribió su relato a los 64 años y el segundo a los 66, ambos inmediatamente después de producirse los hechos que se comentan. Los dos, por otra parte, murieron poco después.

**Variedad de imágenes.** Los demás testimonios inscritos en el libro tienen mucha distancia cronológica con los hechos narrados. Alcalá Galiano, que tenía 19 años en 1808, escribe sus Recuerdos de un anciano al final de su

vida, en 1865. Mesonero Romanos, que tendría cinco años en 1808, escribe sus Memorias de un setentón cerca ya de su muerte. Larra, que nació un año después de 1808, escribió su texto en 1835, dos años antes de suicidarse. Lo más interesante del conjunto de testimonios aportados en este libro es la variedad de imágenes que transmiten respecto a los hechos descritos.

Jovellanos ejerce de político escribiendo «en caliente» su defensa de la Junta Central. En cualquier caso, queda de relieve en el texto su actitud vacilante ante la soberanía popular. Cada vez estoy más convencido de la instrumentalización liberal de Jovellanos, que opta en 1808 por la alternativa patriótica y que sería encaminado hacia proyectos políticos en los que no creía sinceramente, por la vía del halago a su papel de referente moral del país, que él se creyó como nadie aunque nunca se enterara de por qué le querían tanto. El catalán Capmany, frente al dubitativo Jovellanos, aporta en su testimonio el desgarramiento de la coyuntura, la amargura de un hombre que, en contraste con el asturiano, nunca se sintió querido. Su encendida apuesta patriótica de 1808 tiene todo el aspecto de la persecución del refrendo del pueblo, el ilustrado elitista en busca de la legitimación moral popular.

Alcalá Galiano escribe como el liberal desencantado que era, con el distanciamiento no ya cronológico sino ideológico de los hechos narrados. Fue el último liberal de su generación, el más rezagado y el que, a la postre, evolucionaría hacia posiciones más reaccionarias, hasta ser ministro de Fomento con Narváez. Escribe de 1808 como el momento de la inocencia feliz («España era personificación del barón justo y tenaz que pinta Horacio») y de lo que vino después como la amarga experiencia tras el *Beatus ille horaciano*. Mesonero, por su parte, nos cuenta, con la gracia del periodismo costumbrista que representó tan magistralmente, tres lustros de la peripecia histórica del país, con la intensidad emocional del niño que vivió el dos de mayo madrileño y, al mismo tiempo, con la ironía del setentón que ha vivido de todo y al que ya nada sorprende.

**Liberales henchidos.** Siempre se había creído que el texto de Larra (hijo, por cierto, de afrancesados) sobre el hombre-globo se refería a Godoy. Después de releerlo en este libro, creo firmemente que no alude al príncipe de la Paz sino a los liberales de los años treinta, henchidos de ego hasta elevarse por los aires y desinflados como «telas vacías» cuando se contrasta su discurso con la práctica política. La incorporación de este texto de Larra en el libro, me parece, pues, de discutible justificación.

En cualquier caso, el lector disfrutará extraordinariamente con estos Relatos después de una batalla, al mismo tiempo que comprenderá el relativismo de la memoria personal, siempre subjetiva.